

TITULO DE DOCTOR "HONORIS CAUSA" A OTTO MORALES BENITEZ



República de Colombia

El Consejo Superior y el Consejo Académico
de la

Universidad Central

Debidamente autorizados por el Ministerio de
Educación nacional, y de acuerdo con el reglamento
de grados, le confieren al Doctor

Otto Morales Benitez

el título de 'Doctor Honoris Causa' en

Humanidades y Letras.

En testimonio de lo expuesto se expide el presente
Diploma

El Presidente



[Firma]
Roberto Arango Rivas

El Rector

[Firma]
Alfonso Enrique Muñoz Marín

El Decano de Humanidades y Letras

[Firma]
Antonio Rodríguez

El Secretario General

[Firma]
César Riquelme Aguirre

Bogotá D.T. 16 de Noviembre de 1988

Un pensador comprometido con su pueblo*

JORGE ENRIQUE MOLINA M.**

Maestro Otto Morales Benítez:

La Universidad Central se honra al otorgarle el título de doctor "Honoris Causa" en Humanidades y Letras, por cuanto usted, honra con su vida limpia al servicio de Colombia, todos los parainfantes y los foros políticos e intelectuales en los cuales usted permanentemente participa, dejando su huella de pensador, de liberal moderno, de colombiano de bien, es decir de patriota íntegro.

Al exaltar el nombre de Otto Morales Benítez como humanista y disertador en letras, la Universidad no ha olvidado la riqueza de su existencia. Es hombre de pensamiento y de acción. Pegado a las realidades, sin abandonar el afán de los sueños. En la vida diaria, es hombre de combate por lo más elemental, y capaz, al mismo tiempo, de estar ideando nuevas formas de actuar y de obrar. Es el pensador comprometido con su pueblo. Su vida —ya lo han dicho los críticos— se podría sintetizar apelando a tres rutas que son bien claras: el derecho, la política y la literatura. Dentro de ésta el ensayo histórico, el jurídico, el ideológico, el sociológico, la crítica literaria, el análisis político. En el derecho ha actuado con verdadera pasión por la verdad y la equidad. Es un jurisprudente por naturaleza, por su severidad, su ecuanimidad y su sentido ético de los deberes. Profesó varias cátedras con sabiduría. En la política, su com-

* Palabras del rector de la Universidad Central, Jorge Enrique Molina Mariño, durante la entrega del título de doctor Honoris Causa a Otto Morales Benítez.

** Rector de la Universidad Central, expresidente de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN; vocal propietario de la Unión de Universidades de América Latina, UDUAL, en representación de la universidad colombiana. Abogado de la Universidad Externado de Colombia.

promiso ha sido con la ideología y con las gentes desposeídas. Por ello habla en sus obras de un liberalismo social o de una democracia dinámica en su afán de claridad popular. Su vocación ha sido de luchador, sin estridencias, sin alardes y sin demandar consagraciones para su nombre. En la literatura, sus libros cubren amplias zonas del pensamiento nacional, del más hondo, fecundo y siempre esperanzado; y del internacional, sin desfallecimientos en sus conocimientos. Pero de verdad hay que indicar que lo relacionado con el continente indoamericano —como a él le gusta denominarlo— tiene predilección y su sabiduría contagia a quienes lo leen o lo escuchan.

Hay otra ruta que hemos querido dejar para detenernos en ella sin mezclarla con otras: es la de la amistad. Allí figura el caballero y el hombre de concordancias permanentes con quienes comparten su diálogo, sus actividades inmediatas, los afanes para el futuro. Se nos ocurre que ese sentido de generosidad, puede extenderse con un valor más universal: con el criterio de solidaridad. Esta para quienes están en la inmediatez de su vida; o para aquellos, también, que padecen dolores de injusticia. El se planta para estar en cercanía de identidades. Pelea los afanes de los demás; los de los que están en cercanía o lejanos de su vida; los de su órbita local o los más extensos de la patria y va engrandeciendo el escenario con denuedos renovados por buscar expresar las inquietudes de América. Sus amigos y amigas —que son incontables, ríos de fuerza humana incontables— saben, en este continente o en otro, que su palabra de solidaridad está en el comienzo de su vida. Desde ella irradia, contagia y compromete.

La Universidad Central al otorgarle un título *Honoris Causa*, lo hace por primera vez en Colombia. Otto Morales Benítez ya los había recibido de igual intención en Florencia, la del arte, o en el Perú de milenaria cultura, o en México de tan honda presencia espiritual o de los Profesores estadinenses especialistas en Colombia. Y podríamos multiplicar los registros de las consagraciones que han caído sobre sus hombros. El, con sobriedad, sin ufanarse, sin cambiar su actitud de hombre sencillo frente a los designios del mundo, va avanzando en sus luchas y en sus desvelos nacionalistas. Nos habíamos demorado los colombianos para entregarle consagraciones que él las merece por el círculo amplio de dones que rodean su existencia.

Como vocero de la Universidad Central, deseo apelar a un mosaico

de críticas en torno a la vida y la obra de Otto Morales Benítez. Ellas vienen de diferentes lugares del mundo. Y nos ponen en la pista del valor de este hombre de Humanidades y Letras, que hoy le reconocemos. Leámos algunas de ellas para comprobar que ya el veredicto estaba dado universalmente. Desde Francia Jacques Gilard dice que en los libros de nuestro compatriota “se encuentra al historiador riguroso y al ensayista brillante”. Y desde París, Julián Garavito asevera sentencioso que Morales Benítez “se preocupa siempre por lo que perdura”. Luis Alberto Sánchez, maestro de muchas inquietudes y actual vicepresidente del Perú, manifiesta que nuestro personaje “es un polemista siempre con la pluma en ristre. Da un hermoso ejemplo de unidad humana este Otto, tan vehemente y estudioso”. El novelista y crítico español, Carlos Rojas desde una Universidad de los Estados Unidos declara: “No conozco a ningún otro pensador que hoy en día reuna al historiador, al sociólogo y al crítico de forma tan bien labrada como él los conjuga. No hace historia, la evoca de un modo tan vivo que lo envidiarían —si fueran bastante grandes para saber envidiar— muchos de los cacareados genios de la narrativa, que hoy jaleamos a un lado y otro de los mares”. Y Ramón J. Velásquez, erudito y severo en sus juicios, advierte desde su Caracas: “Su obra es el fruto del amor incomparable a los valores fundamentales de Colombia. Si examinamos su extensa y notable obra de escritor, podemos advertir, como un signo fundamental, el empeño de que las nuevas generaciones colombianas tengan conciencia de los valores que constituyen la raíz y tradición de toda nacionalidad. Al releer sus libros, uno tiene una imagen exacta del proceso del pensamiento político colombiano y de la hazaña de conquistar la libertad a lo largo de toda una historia caracterizada por la lucha ideológica y el encuentro bélico a través de los tiempos”. Y el poeta y estilista Pascual Venegas Filardo, de allí mismo, expresa que “en Colombia de nuestros días, se destaca entre las figuras eminentes, un escritor de garra y de fecunda obra, como es Otto Morales Benítez”. Y desde la vecina Venezuela, José Humberto Ocaris, indica que “Realmente, nos mueve a admiración su inmensa capacidad de trabajo que le permite cumplir cabalmente una intensa vida social, política, literaria, jurídica, epistolar, periodística y docente, expresada en artículos, libros, conferencias, comisiones y juntas que frecuentemente lo llevan por ciudades y veredas colombianas al igual que por varios países de América y de Europa”. Desde Costa de Marfil, el licenciado Bamba Soyleyman, —quien escribe una obra acerca de las tesis de Morales Benítez en torno al liberalismo colombiano,— manifiesta acerca de él que lo sorprende “al mismo

tiempo, la ocasión de vislumbrar a través de sus líneas, el ingenio del intelectual siempre dispuesto a transmitir sus conocimientos a quien lo desee y cualquiera que sea su localización geográfica". El uruguayo Gastón Figueira, en una página titulada, "Un escritor colombiano", destaca que va a referirse "a uno de los mayores ensayistas de nuestro continente: el colombiano Otto Morales Benítez, quien se mueve con la misma comodidad y soltura en el arduo estudio sociológico como en el refinado análisis de la obra puramente literaria o estética". Y esta apreciación la confirma el profesor José Luis de Imaz, desde Buenos Aires: "admiro esa multifacetedad, que le permite a Morales Benítez ir desde su despacho de abogado al parlamento, al periodismo y su ética, a negociar con lo más difícil y darse al ocio constructivo de la lectura. Por aquí solo lo pudo hacer Mitre, que fue presidente, fundó "La Nación", ganó una guerra desgraciada, parlamentó con los indios de la pampa, tradujo al Dante, escribió las dos mejores biografías del siglo XIX en nuestro medio, y era gran jugador de billar. Poder sacar diez en todo, es envidiable". Desde Alemania, Gunter W. Lorenz, testimonia que "lee sus libros con el máximo interés, porque creo que el contenido de sus trabajos es un excelente medio para aprender mejor las circunstancias y el ambiente de las letras colombianas". Desde México, Aristomeno Porras afirma, después de anunciar la variedad de la obra de Morales Benítez, que "todo nos indica que a él corresponde el primer lugar entre todos los ensayistas de Indoamérica, palabra que él utiliza casi siempre". Y para acercarnos a nuestra patria entrañable, citemos al Maestro Echandía quien escribió: "Yo sé bien de su tránsito por las vías de la imaginación creadora y del obrar magnánimo". Eduardo Guzmán Esponda al recibirlo en este recinto, declaró: "La Academia Colombiana de la Lengua, está de plácemes, con el ingreso de una personalidad rodeada de prestigio en el ámbito nacional. Y no es una o dos especialidades, sino con proyecciones en los variados sectores de la sociología, de la política, de la literatura". El escritor Enrique Caballero Escobar expresa que "se trata de un doctrinario irreductible. Pero como también ha tenido contacto real con la arquitectura del Estado en sus más altas cúpulas, y es caldense, los jugos que entrega al lector tienen el sabor de lo sustancioso y nutritivo". Roberto García Peña, recientemente opinaba: "Estamos pues ante la evidente personalidad de un ideólogo en la más diáfana concepción de esa palabra no siempre aplicada adecuadamente; un ideólogo que ama y defiende apasionadamente sus ideas. No solo porque las tiene muy claras sino porque las siente —con la mente y el corazón— muy honda y entrañablemente". El estudioso Javier Ocampo

López, enfatizaba: “el doctor Otto Morales Benítez es uno de los escritores que más ha analizado la problemática colombiana, con propuestas optimistas sobre el futuro nacional y señalando el camino para alcanzar la meta de la paz por medio de la justicia social, el desarrollo, el progreso y el bienestar para las mayorías”. Y el humanista y expresidente de Colombia, doctor Eduardo Santos, le decía cuando fue nombrado Ministro del Trabajo: “No todos los ratos que allí pase, serán agradables, pero sí tendrá ocasión constante de servir al país, a la democracia y a la justicia social y eso lo sabe hacer usted muy bien, limpias las manos de codicia y el corazón de malas pasiones”.



Durante el acto del doctorado Honoris Causa de Otto Morales Benítez en la Academia Colombiana de la Lengua, la mesa de honor estuvo integrada por Rubén Amaya Reyes, presidente del Consejo Superior, el graduando Honoris Causa Otto Morales Benítez, el rector del claustro Jorge Enrique Molina Mariño, el expresidente de Colombia Carlos Lleras Restrepo, el Ministro de Salud y expresidente de Ascún, Luis H. Arraut Esquivel, el presidente de la Academia Colombiana de Historia, Germán Arciniégas, el secretario perpetuo de la Academia Colombiana de la Lengua, José Manuel Rivas Sacconi, el director del Instituto Caro y Cuervo, Ignacio Chaves Cuevas, el director del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, Icfes, Galo Burbano López, el rector de la Universidad Jorge Tadeo Lozano y expresidente de la Corte Suprema de Justicia, Juan Hernández Sáenz y Fernando Sánchez Torres, exrector de la Universidad Nacional.

Conferimos el título en el área de Humanidades y Letras, por cuanto este departamento que dirige el doctor Alvaro Rojas de la Espriella es parte consustancial de la Universidad Central.

La Universidad Central cuenta con una tradición en el manejo y prospección del área humanística como parte de la formación humana y social. Tal experiencia se confunde con los fundamentos filosóficos de la Universidad, uno de los cuales se asienta en la premisa optimista de creer en las posibilidades de Colombia y América Latina en lo que respecta al comienzo de la superación de sus grandes necesidades. Para lograr tal cometido no basta solamente los conocimientos profesionales. La experiencia nos enseña que la sola capacidad profesional no es suficiente para tener una visión de conjunto de los requerimientos de la vida actual. Nuestra más loable inquietud se encamina a darle una dimensión humanística al conocimiento o, lo que es lo mismo, a darle un sentido social.

Las disciplinas humanísticas en algún momento son portadoras de las dinámicas que en nuestra época lleva sobre sí. Es apenas comprensible que para estar en el despliegue de acontecimientos actuales éstas lleven en su interior la quinta esencia de las creaciones logradas por la humanidad con el cuidado de adaptarlas a la circunstancia actual a condición de hacerse cada vez más responsables del devenir.

Estas inquietudes, muchas de ellas puestas en funcionamiento de tiempo atrás, embargan nuestras preocupaciones pensando que el profesional centralista debe poseer el suficiente equilibrio entre sus capacidades profesionales y su responsabilidad ciudadana. Ha de estar comprometido con la propia realidad a sabiendas de que la ciencia y la técnica de las cuales se sirven operan en el contexto del mundo subdesarrollado.

El enorme abanico de ideas de la sociedad actual, la escogencia de las que mejor sirvan para superar nuestras condiciones de vida actuales, son de máxima responsabilidad para la Universidad colombiana. Tal vez las de mayor alcance. Por eso bien sabemos que no podemos hacer lujos de la ciencia ni de la cultura, teniendo en cuenta, que los problemas del país son tan acuciantes y tan graves que se hace imposible calcular cuántas generaciones podrán poner al país en consonancia con los requerimientos humanos.

Además las humanidades de suyo son vehículo para hacer gentes receptivas, capacitadas para hacer uso enaltecedor de las creaciones de la humanidad. Los bienes creados por los hombres se propagan a través de las relaciones humanas, de los sistemas de instrucción, de educación, del lenguaje. La educación humanística es la que

Cuerpo. Casi resulta electo, y esta sorpresa para el mundo oficial de entonces revela que el maestro ya había calado, también en aquel lugar de actividad pública limitante y controvertida, su disposición superior de ánimo abierto que le captó adhesiones y simpatías aun dentro del ambiente oficial que dominaba casi en forma exclusiva la actividad parlamentaria de aquellos años en Venezuela.

Verticalidad en el parlamento

Es que Gallegos había impuesto, a fuerza de verticalidad a toda prueba, su recia personalidad en el Parlamento que se honraba con su presencia. Allí estaría desde 1937 hasta 1940 en función política, en función parlamentaria, en función de maestro siempre. Y cuando se presenta la coyuntura de la sucesión presidencial, fuera del Congreso o dentro de él tiene sobrado espacio y nombre sonoro en el mundo político para surgir como candidato a la máxima jefatura del país. Sin estar afiliado entonces a ningún partido, su vida parlamentaria había discurrido cimera en medio de una minoría aguerrida de venezolanos ilustres: Martín Pérez Guevara, Luis A. Pietri, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Andrés Eloy Blanco, Ambrosio Oropeza y otros.

Esa minoría unificada que es una verdadera antología de dignidad venezolana en el seno de un Congreso comprometido con los viejos estamentos y sometido a las taras postgomecistas, es el asomo de la realidad nacional a las ventanas del siglo XX. Y el candidato Rómulo Gallegos es bandera de lucha reivindicativa y su nombre cubrirá como aval de conducta a toda prueba el programa de gobierno que irá a conocer el pueblo venezolano a través de una novísima forma de hacer política: las plazas y las calles, los mítines, la movilización de masas, los mensajes de prensa y de radio, la controversia de altura, el reto al adversario desde escenarios principistas y programáticos. En fin, la política nacional, por virtud de aquella minoría unificada, había salido de los cenáculos palaciegos para echarse afuera en busca del apoyo del pueblo, única fuente de soberanía constitucional.

Una candidatura simbólica

Era obvio que Gallegos no triunfaría. "Simbólica" se llamó a su candidatura y por anticipado se sabía el resultado cuantitativo de aquella elección de tercer grado. Pero era igualmente obvio que la

estrategia fue correcta y que la siembra estaba hecha. Se había sembrado consignas y se había despertado fe popular en torno a unos postulados que serían después la mejor doctrina de gobierno.

Los discursos de Gallegos en su recorrido por toda Venezuela son un compendio magistral de cátedra ciudadana y al mismo tiempo expresión de un trabajo de equipo al servicio de un ideal colectivo. Gallegos maestro es Gallegos político, o a la inversa, sin que se estorben en él los cognomentos. Y las juventudes se disputan su nombre porque es guía perenne para ellas. Hasta cuando se apoderan de él como estandarte. Sería así llamado desde entonces hasta hoy *Maestro de la juventud venezolana*. Y el maestro se hace presidente por voluntad de su pueblo, en las primeras elecciones libres que se realizan en Venezuela. Toma posesión de su alta investidura el 5 de febrero de 1948 y con él entra al país una nueva forma constitucional para reafirmar los cambios que se habían operado de manera acelerada a partir del 18 de octubre de 1945. Su discurso de ascensión al poder —como todos los suyos— es una verdadera joya literaria y política. Le teme el presidente al estallido de la Tercera Guerra Mundial y define frente a la amenaza en ciernes la posición de su naciente gobierno:

“Nuestra condición de país gran productor de petróleo podría llevarnos a ser campo de combate de esa terrible guerra que amenaza al mundo si no tomáramos las más enérgicas medidas, no sólo para la autodefensa eficaz de los de asiento de la producción petrolera, nuestra mayor fuente de riqueza, sino también para que la lícita contienda cívica entre comunistas y anticomunistas no degeneren en lucha armada que sólo a desastre irremediable podría conducirnos”.

Define el presidente su acción de gobierno en pinceladas bien concretas de un programa real que apenas empezó a cumplir. Las fuerzas antinacionales, endógenas y exógenas, conspiraron contra el orden establecido y terminaron por sitiar al gobierno dentro de las posiciones que la buena fe del Presidente había determinado mantener intactas, si bien dentro de un propósito de reformas a través de las cuales se pechaba económicamente a las compañías petroleras, acostumbradas hasta entonces a hacer y deshacer a su antojo y propia conveniencia. El “inmenso poder moral” de que estaba asistido el gobierno no fue suficiente para resistir la embestida de las fuerzas antinacionales y Gallegos es derrocado porque los militares no se acogen a las soluciones compatibles “con el decoro e interés de la nación”.

Atrás habían quedado las grandes expectativas nacionales e internacionales sobre Venezuela. Todavía resonaban en las aulas de la Universidad de Columbia en Nueva York los ecos del famoso discurso de Gallegos, pronunciado el 9 de julio de 1948 y titulado "De las Letras a las Armas", en el cual destacaba la presencia del general Eisenhower en la presidencia de la Universidad, "conductor de inteligencias en las jornadas del estudio", y ante quien "mis palabras —decía— os presentan saludo de las letras a las armas, las bien llevadas a donde de ellas hubo menester en la ocasión dramática, bien tenidas ahora en el descanso edificante". En ese discurso Gallegos, siempre maestro, traza signos perdurables y conceptuales de singular valía:

"... porque América ha sido una promesa y es ya una obligación indeclinable. Aquí fue el descubrimiento magnífico, creador de un Nuevo Mundo; aquí fueron los libertadores generosos, sin ánimos de conquista, que nos lo convirtieron en patrias; aquí fue luego, para que no fuesen solamente nuestras, el vuelco del apretado viejo mundo en la ancha tierra acogedora y labradora de bienestar. Aquí fue siempre el gran acontecimiento de los tiempos que corrieran y una vez más debe serlo: América un bien universal".

"América una obligación ante la esperanza del mundo".

Y pocos días antes, en la Unión Panamericana, el 2 de julio, al parafrasear un discurso en su honor por parte del Presidente Truman, el Presidente Gallegos remataba su intervención de la misma manera:

"Debemos edificar un mundo nuevo —un mundo óptimo— en el cual sea respetada la eterna dignidad del hombre".

"No he renunciado a la presidencia de la república"

Ese Gallegos idealista, ese hombre superior que hubo en él, no podía imaginarse siquiera que hubiese en su país un cúmulo de ambiciones bastardas que pretendiesen detener el río de la historia. Cuando el 5 de diciembre de 1948 sale del país expulsado, ya Venezuela empieza a conocer el texto de su mensaje clandestino de despedida, que es un monumento a la dignidad:

"No he renunciado a la Presidencia de la República. . . Los militares trataron de ablandarme para obligarme a ceder a sus

ambiciones de prepotencia, llegando hasta intentar imponerme líneas de conducta política. . . Cuando ya nadie podía acariciar la esperanza de que yo fuese juguete en manos voluntariosas, se produjo, una vez más, el atentado de la fuerza contra el derecho”.

Lo que viene después es historia conocida y dolorosa para mi país. Se entroniza una dictadura que dura diez años y costaría a Venezuela mucha sangre y muchas lágrimas. Gallegos seguía su acción de maestro en el exilio: amigo de Lázaro Cárdenas, se radicó en México y fue siempre gestor de ayudas al grupo de exilados que allí estaba. Mantuvo contacto permanente con los venezolanos de todas las tendencias que vivían destierro digno y fue amigo generoso de los estudiantes, como siempre. A su casa de Cuernavaca solía invitarlos, o a la de Morelia, cuando la tomaba de forma generosa por parte de su propietario, el expresidente de México. Allá muere su esposa, doña Teotiste, su inseparable compañera de toda la vida.

En la era democrática

Regresa Gallegos al país de manera apoteósica en 1958 al reiniciarse en Venezuela la era democrática. Ya no es sólo el literato o el político o el maestro, ni todos a una solamente. Es el símbolo eterno y viviente que acepta y representa un compromiso y liga su nombre a todo cuanto de trascendente tiene la humana existencia. De ahí que en 1960, ya héroe del deber cumplido y ciudadano esclarecido del mundo, se solicita su beneplácito para designarlo miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos; apenas acepta este honor, inmediatamente el resto de la Comisión lo designa Presidente del Cuerpo. Se premia así a quien tuvo siempre por norma de conducta el respeto al ser humano por encima de toda suerte de consideraciones. Su discurso en la oportunidad de la Sesión Protocolar vuelve a tomar la altura del maestro que siempre vivió en él, destinado a sembrar mensaje y a construir conciencia civil en el Continente. No quiere que la Comisión que se acaba de designar siga siendo “añadidura de formalismos con los cuales se disfraza gana insincera de preservar la dignidad del hombre, aspiración fundamental de la democracia”. Y sigue más adelante: “. . . el respeto a la dignidad del hombre, la efectiva defensa de sus fueros, debe ser la preocupación fundamental de nuestros propósitos”.

Remata con estas frases de fe ductora y principista:

“ . . . Hay sed de justicia en varias partes del Continente americano. La padecen pueblos conscientes, poseedores del inviolable derecho de procurarse bienestar material y espiritual que sean respetados, y nuestra Comisión, obediente al propósito de proteger los derechos constitutivos de la dignidad humana, no puede estar destinada al fracaso, como ocurrencia de soñadores, pues, por el contrario, tiene su razón de ser en las mejores aspiraciones del espíritu americano”.

Gallegos, según la certera expresión de Juan Liscano, al romper el muro de la fama y expandirse por el mundo de la política continental, cortó todos los pasos y cerró cualquier otro camino que no fuese aquel que desembocaba en su panteón; por eso obtuvo el privilegio de merecer la gloria en vida. Murió el 5 de abril de 1969. Había nacido el 2 de agosto de 1884. Venezuela y el mundo celebraron hace poco el centenario de su nacimiento. Y el nombre de Gallegos es, como fue y seguirá siendo, eje de luchas por la libertad y estandarte para la dignidad del gentilicio.